

© Delegación de Cultura y Patrimonio
Excmo. Ayuntamiento de Granada

ISBN: 978-84-92776-09-2
Depósito Legal: Gr.-4.433/2010

Imprime: La Gráfica, S.C.And., Granada (España)

El agua y la palabra. Con este título se desarrolló un ciclo de lecturas poéticas en el verano de 2008, en el que intervinieron los poetas Arcadio Ortega (12 de junio), Rafael Guillén (19 de junio), Antonio Carvajal (26 de junio), Enrique Morón (3 de julio), José Ladrón de Guevara (10 de julio), José Lupiáñez (17 de julio), Rafael Delgado (24 de julio) y Antonio Enrique (31 de julio); en el verano de 2009, Fernando de Villena (18 de junio), José Gutiérrez (25 de junio), Miguel D'Ors (2 de Julio), Rafael Rodríguez Almodóvar (9 de julio), José Rienda (16 de julio) y Arcadio Ortega (23 de julio); y en el verano de 2010, Jesús María García Calderón (9 de junio), Juan Andrés García Román (16 de junio), Rafael Juárez Ortiz (23 de junio) y Antonio Mochón (30 de junio), celebradas en el jardín del Carmen del Aljibe del Rey, propiedad del Ayuntamiento de Granada y sede de la **Fundación AguaGranada**, organizadora del evento.

Esta publicación recoge los dieciocho textos leídos en los tantos encuentros poéticos celebrados.

PRÓLOGO

*...Hablan las aguas y lloran
bajo las adelfas blancas;
bajo las adelfas rosas,
lloran y cantan,
por el arrayán en flor,
sobre las aguas opacas.*

Juan Ramón Jiménez
(De «*Generalife*»)

Durante tres veranos consecutivos, los de 2008, 2009 y 2010, la Fundación Agua Granada celebró en su sede del Carmen del Aljibe del Rey sendos ciclos de poesía que, dirigidos por Arcadio Ortega, llevaron por título «El agua y la palabra». De aquellas lecturas poéticas, al caer de la tarde en el Albaicín, quedaron tan breves como representativas muestras de las respectivas obras de diecisiete poetas de Granada, muestras que —no exentas de poemas inéditos cuando no escritas expresa y totalmente para la ocasión, como fue el caso de la de Enrique Morón— ven conjuntamente la luz en el presente libro que, para empezar, tiene un triple valor, además del no escaso de ser muestra antológica de cada uno de los poetas, como acabo de decir. Pues bien, en primer lugar, esta publicación viene a servir de acta de lo poéticamente acontecido a lo largo de tres veranos en los jardines de la sede de la Fundación Agua Gra-

nada bajo un cálido cielo raso de luces indescriptibles que, poco a poco, se iba colmando de estrellas, alargando así la efímera vida de las sesiones poéticas para un lector de cualquier tiempo y lugar; en segundo término, viene a ofrecer un panorama altamente representativo de la poesía actual granadina que es como decir un panorama de la poesía actual española, tanto por los modos poéticos como por el número de poetas, promociones presentes y procedencia respectiva; y por último, y no es este pequeño valor, sirve para poner ante los ojos del lector una plural antología de poemas que, en su mayor cuantía, parten de la manera que fuere del referente natural y cultural del agua, uno de los macrosímbolos de nuestra cultura con el que nos remitimos al principio y origen de la vida, a su misterio en tanto que símbolo de lo oculto, secreto o desconocido o incluso símbolo del juego de la realidad y de su reflejo, cambiante imagen fugaz de sí misma, de lo que existe y no existe. Además de, no se olvide, significar ya profundidad insondable ya superficie especular en la que contemplarse a sí mismo —no faltan los poemas del tema de Narciso— ya principio y fin de todas las cosas, que acoge su estado preformal o su disolución definitiva.

Por lo demás, el presente libro, una suerte de granadino cancionero del agua, del amor y de la luz, entre otros aspectos, reúne voces —no todas, obviamente, pero sí muy representativas avaladas por premios como el Nacional de Poesía (Rafael Guillén), el Nacional de la Crítica (Antonio Carvajal y Miguel d'Ors), el de la Crítica Andaluza (Rafael Guillén y Fernando de Villena), el «Juan Ramón Jiménez» (José Lupiáñez), el «Federico García Lorca» de la Universidad de Granada (Arcadio Ortega y José Rienda), el de Poesía Joven «Antonio Carvajal» (Juan Andrés García Román), el Genil de Literatura y «Javier Egea» (Antonio Mochón), el «Florentino Pérez Embid» (Jesús M.^a García Calderón), entre otros premios nacionales y extranjeros que no cito— que co-

rresponden a un espectro de poetas nacidos entre 1921 y 1980, lo que supone dar entrada a autores de obra consolidada y a los que, con contrastada calidad, se han hecho oír más recientemente. El lector encontrará así una nómina de los que, nacidos en Granada o estrechamente vinculados a ella por razones biográficas, poéticas y profesionales, arranca por edad con el nombre de Rafael Rodríguez Almodóvar (Jerez de la Frontera, 1921), tardía y singular voz poética originaria de la Baja Andalucía que, entre otras actividades, ha promovido revistas literarias de tan larga vida en Granada como *Extramuros*. Continúa con los poetas del grupo «Versos al aire libre», creado en 1953, José G. Ladrón de Guevara (Granada, 1929) y Rafael Guillén (Granada, 1933), de cuya importancia —junto a Elena Martín Vivaldi y Julio Alfredo Egea, entre otros nombres— para la historia del resurgimiento de la poesía de posguerra en Granada no se dirá nunca lo bastante (a ellos se debe además la posterior aventura editorial de la colección poética «Veleta al Sur», con la que intentaron señalar en opuesta dirección al norteño viento dominante de la poesía española); sin olvidar el grupo de poetas que dio a conocer sus libros primeros en la bisagra de los renovadores y a todas luces y en todos los órdenes acelerados años setenta, como ocurre con Arcadio Ortega (Granada, 1938), quien publica *Existir es el verbo* en 1970; Enrique Morón (Cádiar, 1942), que da a la luz *Paisajes del amor y el desvelo* también en 1970; Antonio Carvajal (Albolote, 1943), cuya obra primera *Tigres en el jardín* aparece en 1968; y Miguel d'Ors (Santiago de Compostela, 1946), cuya obra de creación, no apagada por su labor de crítica, historia y erudición literarias, se ofrece al público a partir de 1972, con *Del amor, del olvido*. No es escaso, en la presente muestra de poetas, el número de los nacidos en la década de los cincuenta y cuyos libros primeros florecen desde mediados de los años setenta en adelante, años que

continuaron la gran aceleración histórica, social y literaria del posfranquismo y la transición y que sentaron las bases de nuestra inmediata realidad. Me refiero a los nombres de Antonio Enrique (Granada, 1953), quien publica su *Poema de la Alhambra* en 1974; José Lupiáñez (La Línea de la Concepción, 1955), que se anuncia como poeta con *Ladrón de fuego* en 1975; José Gutiérrez (Nigüelas, 1955), quien nace a la poesía con *Ofrenda en la memoria* en 1976; Fernando de Villena (Granada, 1956), que lo hace con *Pensil de rimas celestes* en 1980; Rafael Juárez (Estepa, 1956), quien da a la luz su primer poemario, *Otra casa*, en 1980; y Jesús M.^a García Calderón (Badajoz, 1959), que no publicará su primer libro, *La Provincia*, hasta 1991, compartiendo de alguna manera o bien dedicación tardía a la creación poética o bien —hipótesis más fiable— secreta dedicación a la misma como también ocurre con Rafael Delgado Calvo-Flores (Granada, 1953), quien dará a la imprenta en 1996 su libro *Peregrino del tiempo*, si bien con seudónimo. Finalmente cabe añadir un último grupo de poetas, los más jóvenes de los aquí recogidos, cuya fecha de nacimiento oscila entre la de 1969 y 1980. Me refiero a José Rienda (Granada, 1969), Juan Andrés García Román (Granada, 1979) y Antonio Mochón (Armillá, 1980). Los tres se dieron a conocer, respectivamente, con los libros *En las hondas lejanías...* (1991), *Perdida latitud* (2004) y *Cruel y mimosa* (2004).

En todo caso, la agrupación que por edades acabo de efectuar de los poetas con objeto de que se aprecie el ancho arco de la representación temporal que de la poesía granadina hace el libro —de la poesía poslórica de posguerra a la actual—, no se corresponde con la inclusión que de los mismos se hace en la presente publicación, ya que aquí no figuran por ningún criterio historiográfico o biográfico de nacimiento sino por el obvio orden temporal seguido en sus respectivas intervenciones, puesto que todos son a la postre coetá-

neos además de lectores unos de otros, lo que explica que se alternen y se sucedan voces y modos poéticos que, en más de una ocasión, no tienen en apariencia mucho que ver entre sí al tiempo que todas y cada una de ellas mantiene su sustantividad, lo que llena de riqueza y contrapuntos la lectura que pueda realizarse del libro; libro que constituye en consecuencia una sucesión de partituras poéticas unidas por la aspiración de un título que eleva a su más alto rango cultural una palabra que es signo y símbolo de vida: el agua, palabra a la que, conviene recordarlo en este libro granadino, Juan Ramón Jiménez levanta en su romance «Generalife», por decirlo con palabras de Antonio Carvajal, «el mayor monumento lírico de nuestra cultura».

Y el agua, desde poéticas y soluciones discursivas diversas, está presente en los mismos títulos y gran parte de los poemas de no pocas de las secciones que la integran: «Amor, amante, amada», de Arcadio Ortega; «Nueve poemas de luz y agua», de Rafael Guillén; «Las aguas que he mirado», de Antonio Carvajal; «Agua oculta que llora», de Enrique Morón; en los poemas (sin título) de José G. Ladrón de Guevara; «No lejos del mar», de José Lupiáñez; «Para el amor no hay olvido», de Rafael Delgado Calvo-Flores; «Viendo caer la tarde», de Antonio Enrique; «Voces del agua», de Fernando de Villena; «Agua cautiva», de José Gutiérrez; «Poemas», de Miguel d'Ors; «Vendimia de las horas», de Rafael Rodríguez Almodóvar; «Ahora mira la lluvia esparcida por el mes de noviembre», de José Rienda; «Intimidad del agua», de Arcadio Ortega; «Agua siempre plural, aguas impares», de Jesús M.^a García Calderón; «Riverrum», de Juan Andrés García Román; «Agua de ayer», de Rafael Juárez; y, por último, «Poemas», de Antonio Mochón.

No creo que sea esta la ocasión de ensayar un discurso de análisis e interpretación de las secciones que enriquecen el libro ni mucho menos de todos y cada uno de los poemas que las conforman. Al igual que en su

día los poetas fueron brevemente presentados al público asistente a las sesiones del Carmen del Aljibe del Rey para dar paso acto seguido a los poemas en sus voces, se impone ahora una breve presentación conjunta de los mismos para invitar al acto fundante de su lectura en la seguridad de que el lector se va a encontrar un variado paisaje poético donde predomina la verdad orientada en función de la belleza, alimentadas por un hondo conocimiento de la tradición poética aliado a la búsqueda de los más adecuados modos expresivos de nuestro tiempo. En todo caso, el lector notará lo que, en el horizonte de este paisaje poético, une y diferencia a las voces de los poetas que lo conforman. Apreciará, por ejemplo, por seguir el orden del índice, en Arcadio Ortega la humana voz que ya en verso libre o, aquí, bajo la forma métrica del soneto habla real, desnuda y esencialmente del amor, del tiempo y la muerte. En Rafael Guillén, una poesía con la que indaga no sin melancolía en los límites de la realidad, una poesía que trata de resolver la ecuación entre lo particular y lo universal y que, consciente de ser discurso estético de conocimiento, se alía a los discursos filosófico y científico. En Antonio Carvajal, su poética conviviente que no separa la función social de la estética y que conlleva una cuidada elaboración del artefacto poético, en el que la originalidad es menos importante que la autenticidad creadora, tal como señala su diálogo con la tradición. En Enrique Morón, su poética definida por el intimismo melancólico, el bucolismo de aliento clásico, la humana solidaridad y el vitalismo. En José G. Ladrón de Guevara, su preocupación tan humana como social resuelta poéticamente por la vía ya de la gravedad, como en este libro, ya de la ironía o la sátira, con ecos populares y cultos, con el propósito de hallar la distancia comunicativa más corta y profunda entre dos personas. En José Lupiáñez, la aventura poética en la que confluyen lo exterior y lo interior, el principio y el fin, lo real y lo soña-

do, la vida con su larga y trágica verdad y con su insondable, frágil y efímera belleza. En Rafael Delgado Calvo-Flores, su pasión por la vida, sus emociones, la experiencia viva de un ser humano frente al tiempo y la palabra poética que las crea y nombra. En Antonio Enrique, su entendimiento de la creación como el acto supremo de su vida —un acto espiritual y contemplativo, placentero, responsable y, a su modo, visionario— para cifrar en la exactitud del artefacto del poema —tanto más sencillo y de expresión más clara en su factura cuanto a mayor verdad alude, siendo la verdad territorio del misterio— la sombra verbal de una profunda emoción estética. En Fernando de Villena, su poesía y poética, tan atentas a su tiempo como situadas al amparo de la belleza y perfección formal áurea, que se mueven por el culto a la palabra, al amor al pasado, al gusto por las imágenes nuevas, a la emoción ante la naturaleza y la búsqueda de lo bello y lo misterioso. En José Gutiérrez, el poema, impecable, como la «plasmación artística, a través del lenguaje, de nuestros impulsos más verdaderos». En Miguel d'Ors, su elaborada técnica creadora y conocimiento de la literatura para escribir desde la autenticidad confesional de Dios, de la naturaleza, de los demás hombres y del amor. En Rafael Rodríguez Almodóvar, una poética del intimismo para hablar humana y entrañablemente del amor y la soledad. En José Rienda, la experiencia de la hondura poética frente a la naturaleza, al paso del tiempo y a la realidad. En Jesús M.^a García Calderón, una sostenida mirada moral y estética desplegada en versos meditativos. En Rafael Juárez, su huida de toda oscuridad y rechazo de la imprecisión sentimental y verbal, lo que supone la búsqueda de la claridad y sencillez poéticas con experimentadas bases métricas de honda eficacia expresiva. En el de Juan Andrés García Román, se percibirá un trabajo poético de búsqueda en la raíz creadora de la lengua para situarse en el límite de lo posible y darse así al lector. En Antonio Mochón,

joven maestría en el dominio formal no exenta de tonos elegiacos que se enfrenta con delicadeza al sentimiento y a las cosas que son y bastan.

Y termino con un verso de Juan Ramón Jiménez:
...En agua el alma se pierde.

ANTONIO CHICHARRO

De la Academia de Buenas Letras de Granada

Catedrático de Teoría de la Literatura

y Literatura Comparada